

PRETEXTOS

Por Pedro Ángel Palou García

"te miro nuevamente... tomándome de la mano, acusándome, diciéndome que no vivo, que hago literatura, que me invento".

Miguel Donoso Pareja

Narrar es tan viejo como la duda. Desde que se tuvo miedo empezaron a contarse historias porque se quiso explicar así el mundo. De ahí que —en esencia— no existan grandes diferencias entre la mitología y la narrativa de finales del siglo veinte: ambos ejercicios intentan rastrear un origen, darle respuesta a esa duda primigenia: ¿quiénes somos en el mundo? Pero escritura y transmisión oral conllevan diferentes formas de organizar y constituir su significación; la segunda siempre se podrá reactivar por el rito, por lo que destaca frente a lo cotidiano, mientras que la escritura permite la apropiación del pasado: en lo que tiene también, de diario y banal.

La narración es un simulacro de la realidad que se erige en torno a ella, convirtiéndose en modelo. Parodia de la vida, sabemos más de la España en el siglo XIV por el Arcipreste y Don Juan Manuel que por toda la historia oficial. Ahora, para "contar cosas" el narrador extrae su lenguaje del mundo y le hace decir cosas que no podría comunicar en su uso diario. Un lenguaje que sirve como vehículo ideológico o contraideológico gracias al doble concepto del signo: significante y significado, idea y materia, historia y futuro. Un lenguaje que queda dentro de relaciones dialécticas en el que extremos como: sociedad y producción, producción material y producción lingüística, dominación y poder, son polos impuestos hacia un solo proceso: ligar lenguaje y trabajo. Entonces la escritura se torna un mundo con sus propias reglas (su propia normatividad), pero un universo que completa al real en tanto devela injusticias y errores. Rescata así (en una tradición que empieza en la explicación teológica del mundo, pasa por el Decamerón y los cuentos fantásticos hasta llegar a Flaubert y la escritura como oficio) una línea invisible que recorre la escritura: escribir como participación negativa en la vida, mediante el cuestionamiento crítico de la sociedad con todo lo que

tiene de neurosis, de terapia contra la desesperación. Se narra, claro, para entablar una viva polémica con el mundo.

El pasado nos agobia, nos chantajea, nos condiciona. La vanguardia intenta ajustar cuentas con el pasado. A lo que en el 71 Margo Glantz dividía en dos corrientes: Onda y Escritura, le ha sobrevenido su contrapartida: el eclecticismo latinoamericano, la proliferación de gestos, tendencias y corrientes de escritura. La literatura de los ochentas en México ha contestado con una visión nueva que se apoya en Agustín, Sáinz, Betancourt, pero también en Fuentes, Rulfo, Zepeda o en Samperio y Gerardo de la Torre y que se nutre de la literatura europea y norteamericana, mientras que abreva en lo que se escribe de Guatemala a la tierra del fuego. Pero entiéndase, hay un momento en el que la vanguardia (onda y escritura) dejan de existir porque no pueden ir más allá, habiendo producido un metalenguaje que habla ya de sus textos imposibles: *Se está haciendo tarde*, por un lado y, por otro *Si muero lejos de ti* y *El Hipogeo Secreto*.

La respuesta es reconocer que puesto que el pasado no puede destruirse, —sería condenarnos al silencio y la muerte— lo que se necesita es volver a él sin ingenuidad y con ironía.

Entonces ese pasado y su continuación o contrapartida lúdica y contradictoria aceptan el desafío y en ese juego el placer es la ironía como juego metalingüístico, que se construye sobre una realidad lingüística previa (como el *Quijote* sobre la novela de caballería o el *Finnegans wake* sobre el Ulises y éste a su vez sobre el *Retrato del artista adolescente*). Esa escritura puede ser comprendida cuando se corre el riesgo del juego y no se niega lo dicho sino que se relee irónicamente.

Dentro de esta tendencia se reconocen textos excelentes como: *Gringo Viejo* de Carlos Fuentes, *Los pasos de López* de Jorge Ibargüengoitia, *En todas partes, ninguna*, de Oliver Debrouse, *Ahora que me acuerdo* de Agustín Ramos, *El desfile del amor* de Sergio Pitlor, *La difícil costumbre de estar lejos* de José María Pérez Gay y *Las Batallas en el desierto* de José

Emilio Pacheco. Basta volver a repasar los nombres de los textos para saber lo rica, variada y distante que es, hoy, la literatura mexicana, aunque hay algo que une todas estas novelas: todas son una relectura irónica de nuestra vanguardia. Como dice el personaje de *Las batallas*: "Demolieron la escuela, demolieron el edificio de Mariana, demolieron mi casa, demolieron la colonia Roma. Se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años. Y a nadie le importa, de ese horror quién puede tener nostalgia". Y sin embargo la novela es ya memoria de esa devastación.

Si pudieramos leer reunidos los últimos *Inventarios* de José Emilio encontraríamos una idea que se repite obsesivamente: Este país —de fin de siglo— está devastado, es ya el reverso del que fue, se encuentra entre el caos y la destrucción y lo único que nos queda es contar desde los escombros, como lo hizo Böll con Alemania después de la segunda guerra. Las ideas obsesivas no son privadas, pertenecen a todos porque los libros y las ideas se comunican entre sí. Hoy —quizá más después del temblor que sacudió las conciencias de los mexicanos, rompiendo el falso escenario de cartón que de por sí estaba a punto de caerse— la narrativa adquiere mayor conciencia de nuestro nivel autodestructivo alcanzado, de la muerte, de nuestros actos cotidianos y mientras que el personaje de *Cerca del fuego*, sabe que —junto con Salazar Saldaña, su viejo alter ego— la única salida es quemarse vivo, *El Negro en Morir en el Golfo* recorre

con conformismo la podredumbre y la corrupción política, y años atrás el Eme de *Morirás lejos* ya se detenía tedioso e insípido en su desempleo, entre el humo y la contaminación. El mismo sabor de que no hay salida se deja escapar de *Temblores*, de Mario Huacuja; *La estrella, el tonto, los amantes*, un libro insólito e inclasificable de José de Jesús Sampedro que se vuelve una lucidísima lectura: "su alternativa..., la alternativa (es) del que vive el Desafío, la Inmensidad del Deseo. La resistencia: contra el delirio de lo vacío y la sociedad de lo inhumano —de lo desesperanzadamente inhumano—, podemos vivir —sin saber por cuánto tiempo, ni cómo— aún". Y lo mismo sucede con la reedición de Violeta-Perú, que nos regresa a un texto necesario y oportuno. Escribir, para dar una lectura —devastadora si se quiere— del mundo.

Este no es un mapa ni un recuento y por lo mismo no aspira a constituirse como modelo. Si faltan nombres es para que el lector incluya dentro de la idea su personal cúmulo de lectura. No hemos perdido la capacidad de "contar cosas", de narrar encontrando el equilibrio entre lo discursivo, metonímico, anecdótico y horizontal, con lo vertical, metafórico y poético, ejemplos de esto son los libros de cuento: *Albercas*, de Juan Villoro, *No todos los hombres son románticos*, de Héctor Manjarrez y las novelas *Los músicos y el fuego*, de Jesús Gardea y *Arráncame la vida*, de Ángeles Mastretta. Y además en ninguno de estos trabajos desaparece la capacidad de participación negativa en



Montaje de María Artigas

la vida, de lado moridor que tiene la literatura mexicana post 68. Es decir su estatuto de ser siempre subversiva, liberadora.

Por otro lado en provincia se tiene una labor constante en el terreno literario gracias a la proliferación -a veces no tan buena y necesaria- de talleres literarios que si bien no crean escritores aceleran el proceso formativo de los que, sin el taller, con disciplina serían escritores serios. Lo que tienen de rico son su visión fresca de la literatura, desestereotipada y ajena a la bohemia provinciana. De ahí un síntoma de su vitalidad. Pero en un país donde cada vez hay menos lectores jóvenes y más escritores jóvenes éstos están condenados a leerse entre sí mismos, publicarse de la misma forma y a veces con poca fortuna, fomentando una literatura pasajera y mediocre. Son pocas además las opciones editoriales en provincia de no ser las universitarias que, a cada rectorado cambian de política en materia de publicaciones y dejan en el cajón excelentes trabajos. La Universidad de Zacatecas, la de Puebla y la de Morelia, recientemente han tenido un trabajo interesante. La veracruzana, como ya es tradición, sigue con una línea que ahora se ha vuelto un poco conservadora y publica más textos de autores consagrados. Mientras, en la provincia, son varios los escritores que aguardan a que esta insólita, sectaria e injusta República Mexicana de las Letras los acepte en su seno, pero cuya obra convalida su trabajo: Juan

Gerardo Sampedro, Alejandro García, Javier Báez, Francisco José Amparán son una vital realidad. La paciencia y el trabajo justifican su posición ante la vida. Yo me tomo ya la libertad de incluirlos plenamente, por merecerlo. Y claro que faltan muchos autores en la lista. Sin embargo, todavía no aparece el cuentista de los ochenta a la manera en que surgieron Agustín, Villoro o Chimal. Y es natural: la escritura está más diversificada, lo postmoderno (la lectura irónica de la Onda y la Escritura) no crea moldes, ni héroes.

En un país eminentemente analfabeto, con muy pocos lectores de narrativa y donde un libro mediano cuesta lo mismo que el jornal de ocho horas de trabajo de salario mínimo se ha perdido la esperanza de que nos lean los trabajadores, los campesinos y aún los estudiantes o los burócratas. Pero sigue siendo necesario hablar y negar la realidad. Correr el riesgo de escribir y luchar por publicar en condiciones tan difíciles es lo único coherente con este oficio que es paciencia y trabajo, destino y vocación. Narramos, como en los orígenes, motivados por el miedo, impelidos a develar el devastamiento de nuestro país, mostrarlo como es; revelar una realidad incompleta y aniquiladora y, sobre todo, escribir para vivir, perderse para encontrarse, naufragar para sobrevivir. Y hoy más que nunca hay que apostar por la vida, hoy que lo único que parece prevalecer es la muerte.◇

ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y URBANOS 3

Publicación cuatrimestral de El Colegio de México

Artículos:

Trayectoria histórica del desarrollo urbano y regional en una zona del occidente de México *Gustavo Verduzco Igartúa*

Las desigualdades interregionales en México, 1970-1980 *María Delfina Ramírez*

La lógica de las grandes acciones inmobiliarias en la ciudad de Querétaro *Beatriz García Peralta*

Reivindicaciones urbanas y organización popular. El caso de Durango *Juan Manuel Ramírez Sáiz*

Jerarquía de centros según flujos de personas en el área metropolitana de Monterrey *Ernesto Quintanilla R.*

Tasa de crecimiento poblacional de 1% en el año 2000: una meta inalcanzable *Alejandro Aguirre*

Precio del ejemplar: 2 100 pesos Suscripción anual México: 5 000 pesos
E.U.A., Canadá, Centroamérica y Sudamérica: 26 U.S. dólares
Otros: 35 U.S. dólares

Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a El Colegio de México, A.C., Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F.

Adjunto cheque o giro bancario núm. _____ por la cantidad de _____
a nombre de El Colegio de México, A.C., importe de mi suscripción por un año
a _____ a partir del número _____
Nombre _____ Dirección _____
Código Postal _____ Ciudad _____
Estado _____ País _____

ESTUDIOS ECONÓMICOS

Vol. 2, núm. 1

Publicación semestral de El Colegio de México

Artículos:

Tipos de cambio especiales para transacciones en cuenta de capital *Rüdiger Dornbusch*

Patrones de gasto en los hogares de la ciudad de México *Carlos M. Jarque*

¿Qué le ha sucedido a la economía keynesiana? *Axel Leijonhufvud*

La hipótesis de la estructura dual de la industria: el caso de la economía mexicana *Sergio Martín Moreno*

Crecimiento económico, comercio internacional y el patrón de especialización *Jaime Ros Bosch*

Precio del ejemplar: 2 500 pesos Suscripción anual México: 4 000 pesos
E.U.A., Canadá, Centroamérica y Sudamérica: 26 U.S. dólares
Otros: 35 U.S. dólares